

Todos le dieron la razón por completo. El señor Baciccia hacía doctamente observar que en los paseos del Acquasola existe un punto desde el cual, con una sólo mirada, gózanse juntas aquellas dos admirandas calles. Realmente nacen ambas, como dos rayos, en la plaza Corvetto, y ascienden, con escasa divergencia, por dos vallecitos que forman las espigas de los collados sobre cuya pendiente se sienta la ciudad. Si la Assarotti corre más larga y suntuosa, la Palestro resulta quizás más poética en su conjunto: aquella principia en la fortaleza de San Martín, cuyo extremo horizonte admirablemente corta; ésta concluye sobre una costa elevada, que da idea de un escenario en el fondo de las quintas. ¡Qué escenario! Por el pie un cimiento gigantesco, cuyo dibujo corresponde á las bases de las grandes casas de la calle, que casi todas constan de un primer piso corcobado; encima se abre un vasto paisaje campestre y bien formado, en medio del cual sobresale noble y majestuosa una quinta de brillantes colores, salida por encanto sobre la popa de la montaña.

Sólo que toda medalla tiene su reverso. No habían andado aun cien pasos por la vía Palestro, cuando en un hondo á la iz-

quierda distinguieron una gran fábrica que atrae las miradas, como produce impresión en los oídos la voz falsa de un concierto. Baciccia la señaló con el dedo:—“He aquí la iglesia de los ingleses.” El oratorio, con respecto al arte, es criticado por los inteligentes, ora miren su dibujo, ora su no correspondencia al sitio donde figura. Mírese cuan largo y ancho es; estúdiense su fachada, sus flancos y su espalda: es una tumba de piedra. Imaginad cuatro paredes de roca férrea con un techo de cabaña encima, y tendreis lo exterior del templo, ó sea lo más tosco que pueden producir los órdenes septentrionales. Sus lados, á pesar de sus ventanas de mármol, muestran el donaire de un almacén de sal, porque nada ofrecen á la vista, fuera de algunas barbacanas más bien que contrafuertes de piedra tosca, que salen un palmo, y concluyen á la mitad de la altura del muro. El mismo frontis, que quisiera parecer galante, es liso como lo demás, terminando en un tímpano (naturalmente sin arquivado gótico) que por toda cornisa tiene en los lados superiores un resalto de pequeños festones, y está en medio agujereado por una gran rosa, tan groseramente tallada, que llora el mármol blanco de que se ha saca-

do. ¡Pobres vísceras de los montes de Carrara! debieron dar igualmente las fajas de las columnas de la puerta, que, completamente rasa y metida en el grosor del muro de piedra, encuéntrase como una gentil señora entre dos mozos de cordel del puerto. A tal iglesia corresponde el campanario: un cuerpo que surge cuadrado, bajito, abierto por troneras oblongas y arcadas de tres divisiones, y dentro un arco *ojivo*, todo cubierto por una especie de obelisco, en los ángulos de cuya base se ven cuatro montocitos agudos: agudos verdaderamente no, porque la punta cuelga por un lado con la gracia de aquel condenado del Dante:

Quindi storse la bocca; e di fuor trasse  
La lingua come bue che'l naso lecchi (1).

(1) Dobló la boca y lengua sacó fuera  
como buey que se lame sus hocicos.

Julia comprendió desde luego la disonancia de semejante construcción en semejante sitio. Tenía los ojos aun llenos de los amenísimos paseos de Acquasola y de la colina llamada la Villetta, que es su com-

plemento. Se exaltaba su imaginación por aquel poyo risueño, nacido casi en el centro de la ciudad, con sus matorrales siempre verdes, con sus espaldares de arbustos, con sus pradillos peinados, con sus riberas floridas, con sus eras lujosas de cien colores, con sus pequeños estanques, con sus estátuas, con sus pajarillos, con sus pequeñas grutas y con sus jaulas de fieras feroces, á todo lo cual acompañan las sinuosidades de la calle hasta el colmo, coronado por el palacio Di Negro, que es la piedra preciosa de la Villetta. Tanta elegancia respira este edificio, y tanta hermosura en su todo, por más que cada una de sus líneas es sencilla y severa, que todos lo creen albergue de un genio griego de los tiempos de Pericles, así como el jardín próximo parece acariciado por las manitas de las Gracias.

Si desde tales aéreas alturas miras á tu alrededor, cerca ó lejos, vas de maravilla en maravilla. A tus pies yace toda Génova, con sus tajados lucientes, con sus azoteas al viento, con sus miradores al aire, y con sus terrados llenos de flores, semejantes á los huertos pensiles del Oriente. Debajo de la población, el mar, y aun dos mares: después se extiende el piélagó ámplio del gol-

fo, ora plácido, ora enfurecido, vário eternamente y deleitable; luego se contempla el seno aprisionado por los muelles, y no muerto, pues llegan á él mil naves de tráfico é infinitas barcas en construcción, y todo un pueblo trabajador sobre los puentes y las calas. Vuelve atrás, y te rodea un anfiteatro admirable, único en la tierra, especie de abanico de colinas que se difunden desde las cumbres más excelsas, sembrado de casitas, de castillitos, de palacios, de villas grandes y pequeñas, en medio de las que verdean alegremente los prados, se distinguen las selvas oscuras y los bosquecillos, se alegran las más feraces cultivaciones, alternan, en fin, campos y grupos de casas, y campanarios medio escondidos entre los árboles más frondosos: en una palabra, cuanto abarca la vista desde la punta de la Linterna, girando por las extremas cúspides apeninas hasta las riberas encantadas de Albaro, encuentra sólo una corona de vistas deliciosas, que se gozan con una mirada en la Villetta de Negri.

Embriagada la fantasía de Julia con tantos lindos panoramas, con tantas cosas agradables de mar y tierra, con tantas hermosuras del arte y de la naturaleza, cuando topó con el infeliz edificio, extraño al lugar,

á la fe, al cielo y al arte de Italia, parecióle que caía sobre su estómago una roca de Northumberland. Se contuvo, empero, y si bien la señora, mirando alrededor del monumento, volvióse á ella con cierta mirada interrogante, se obstinaba en su silencio, temerosa de amargar á su amiga, criticando una cosa por ella tan fervorosamente buscada. Mas Julia engañábase grandemente. La Needle habíase ya no poco declarado contra el templo: había descubierto ciertas cruces griegas aquí y allá, no de su gusto, sin duda. Al fin preguntó terminantemente:—¿Qué tal, Julia? me dice mi corazón que este género no te place. Vamos; encuétranos el pelo en el huevo.

—¿Cómo? respondió Julia. Nada tengo que decir contra este pobre edificio; sólo me parece fuera de lugar.

—¿Qué quieres decir?

—Digo que estaría mejor en otras partes que aquí.

—¿Dónde? Oigamos.

—Por ejemplo, en cualquiera casa grande de la extrema Escocia, ó en las islas Orcadas. Aquellos pobres pescadores creerían tener una basílica.—

Sonrió mistres Needle al oír este nuevo

elogio. Viendo la joven á la señora poco enamorada de su templo, continuó:—Aquí en Génova, entre dos carreras de calles resplandecientes por sus mármoles, á la vista de Acquasola, bajo este cielo de zafir, un caserón obscuro de esta guisa me sofoca sólo mirándolo. ¿Qué quereis? Tengo gustos italianos. A mí aquel muro de piedra mohosa me da melancolía; aquel techo acaballado, sin arte, me horripila; aquella torre gruesa y enana me hace decir: ¿Estamos quizá en una casucha de gitanos?

—¿Querías tú, pues, dijo la Needle, un San Pablo de Londres?

—A decir verdad, me contentaría con menos, y aun con nada. Mas discurrendo como artistas, pregunto: ¿se han de armonizar la construcción y el sitio, ó basta que se trasplante donde se quiera un plano y ejecutarse? Es evidente que aquí requerían el cielo y la tierra una construcción dórica ó jónica, ó bien una joya trabajada según el arte bizantino, ya que no la ligereza de una rotunda corintia; algo, en suma, que correspondiese á lo circunstante.

—Pues yo, dijo entonces entrometiose John, que gustaba de parecer ar-

tista, creo que el estilo cristiano, por ser más austero, invita mejor á la oración que el gentil.

—¿Estilo cristiano, y estilo gentil! replicó Julia ¿Quién os ha dicho que el estilo dórico es genti? ¿No fué bautizado en las primeras iglesias cristianas, copiadas casi todas de basílicas griegas y romanas? ¿No floreció hasta en las catacumbas? El llamado gótico, sarraceno de origen, septentrional, ó lo que fuere, es á lo menos ocho siglos posterior al bautismo del gusto clásico: pareceme una exageración llenísima de... á decir iba de ignorancia, regalarle por antonomasia el título de cristiano. Mas dejémoslo: si de todas maneras se prefiriesen los órdenes agudos, ¿por qué no construir alguna cosa elegante y adornada, propia de su situación?

—¿Por ejemplo? preguntó John, que no entendía los perfiles de los sistemas *ojivales*.

Julia:—Por ejemplo, quiero decir, que aun el arte acutángulo tiene, para quien lo sabe tratar, su nobleza y sus galanterías; éste, sin ir más lejos, era un sitio á propósito para probarlo, si hacer no se quería cosa diferente. ¿Se necesita escoger lo que hay en el gótico de más ostrogodo? ¿No se

podía sacar alguna gracia del verdadero *ojivo*, ó las riquezas del *ojivo* florido, del arco Tudor, ó de alguno de los demás que tienen festones? Y si no placían los adornos de encajes, de florones, de follajes, y de aquellas cien cosas más que los amadores del *sexto agudo* saben poner profusamente, si es necesario, ¿por qué á lo menos no restaurar lo profundo del género con los agilísimos ardimentos de las formas normandas? ¿Quién lo duda? Hay templos góticos, de aspecto digno y severo á un tiempo, que satisfacen la vista y levantan el espíritu á Dios, de tal suerte, que es una devoción entrar en ellos....

John escuchaba con fijeza. Su madre interrumpió á Julia:—Tú nos haces una disertación.

—Muy elemental.

Basta, repuso la Needle: no ahondo tanto como tú: lo que me dice á mí la vista es que todo junto el monumento en este sitio tiene no poco de extravagante. Miremos ahora su interior:—

Abierta estaba la puerta, y los albañiles con otros obreros trabajaban allí todavía. Al asomarse Julia por la primera vez, ofendióle lo sencillo de la tribuna. no fun-

dada sobre la sección de un polígono, sino reducida á un paralelogramo, algo más estrecho que la nave: un cajoncito incrustado es un cajón. En vez de ajustarse á la costumbre católica, tenía enfrente tres aberturas parrlelas, que dejaban ver dentro arcos de varia elevación, repartidos en cuatro columnas lisas con zócalos y plintos: cosa muda para la mente de los fieles.—Se abstuvo, con todo, de comunicar su propia impresión. Mirando arriba, vió que por tejado había sólo la trabazón de las vigas, formando laguna de tal desnudez, que mejor no se podría desear en una cuadra.—Es propio del estilo, decía para sus adentros la joven, mas ¿por qué recurrir á tal estilo?—Se puso á ver el altar: también lo había, y añadió:—Parece sacado de los *arcosolios* de las catacumbas romanas; sólo que aquel bendito arco que forma un angulo, y que domina el único cuerpo, le da propiamente aires de puerta de un subterráneo, atravesado por el escalón de una cárcel.

Esta parte arquitectónica, que Julia miraba indiferentemente, era el espantajo, el espectro, la pesadilla de la pobre mistress Needle. Ella no consideraba poco ni mucho las razones *estéticas* de la construcción; mas había descubierto con horror la

mesa con mucho paramento, como un frontal romano, y encima una grada saliente; además, dentro de la pared lateral se escondía un dicho, y en él una media columna, sosteniendo una especie de plato, evidentemente para poner allí las botellas, como en las capillas católicas. Una cruel sospecha asaltó á la celosa puritana: la de haber entrado en una cueva de puseistas. Quiso saber toda la verdad. Subió la grada, y acercóse á uno que, por llevar traje decente, parecía el sobrestante de la obra: le preguntó en inglés:

—¿Para qué sirve esto?

—Para poner la cruz y los candeleros, respondió el interrogado. ¿No lo veis? Este es un altar, y aquel su grada.

Añadió la Needle, más turbada que nunca:—¿A qué confesión pertenece el oratorio?

—A la alta iglesia anglicana.

—¿Y se ponen cruces y candeleros?

—Sepa, señora, que se fabrica para los reformados de la nueva escuela.--

La duda de mistres Needle se cambió en terrible certidumbre: había caído verdaderamente en la sinagoga de los puseistas como las llamaba, y sus horrendas cere-

monias en representación de aquella Misa romana que el artículo treinta y uno del alta iglesia coloca entre las *blasphemous fables*; acumuló en su fantasía todas las abominaciones que dentro de poco se realizarían en aquel recinto; como una leona que quita sus hijos al cazador, tomó á sus niñas de la mano y se fué precipitadamente. Los demás la siguieron cabizbajos.

Por el camino, la desengañada señora no despegó los labios. En la fonda llamó á su dependiente, y le dijo:—Procurad partir esta noche á Florencia con los equipajes, marchando por tierra, porque mañana tomaremos nosotros el camino de hierro, sin pararnos en lugar alguno. Nos hallareis en la estación de Florencia en el *tren* de la noche, guiándonos luego á la fonda que hayais escogido. Ya conocéis mis gustos: habitación cómoda, bella vista, y muebles elegantes. No nos detendremos en la ciudad, y podeis desde vuestra llegada fijaros en cualquiera casa de campo de los alrededores.—El agente respondió únicamente inclinando la cabeza, y diciendo:—La señora será servida.

Mistress Needle salió sola. Nadie supo á dónde fué. Imaginó Julia que había ido

á visitar al cónsul inglés, ó alguno de sus corresponsales, no queriendo que fuese conocido. El hecho fué que no volvió hasta poco antes de la hora de comer. Estaba verde de cólera, que confundía con el celo de la casa de Dios. Comió de mala gana. Escogió el momento elegido por Julia para limpiar ó recoger sus vestidos, y á solas con sus hijos se desahogó grandemente:— Nos hacen traición en todas partes. Se da y se vuelve á dar, no concluyéndose nunca de dar para las sociedades bíblicas y para las sociedades de las misiones; pero no se funda nada sólido ni duradero. Estoy informada de todo, y todo vacila. El templo *valdense* sólo sirve para que tenga sombra la calle; no es la fe ni la conciencia lo que conduce á los genoveses á la conversión: es el dinero. Los convertidos son pocos y de mala reputación; el desecho de la sociedad: no hay un hombre ni una mujer de buen porte que haya entrado en la comunión. Las mismas escuelas no dan fruto: acude á ellas en el invierno alguna canalla muy hambrienta, y nada más. Aun los institutos de la iglesia anglicana (hablo de la verdadera y alta iglesia) prueban mal: el pueblo no sabe siquiera donde están, y nosotros hemos pasado cerca, sin que el

*cicerone* haya sabido indicarlos. Los frecuentan sólo algunos de nuestros paisanos, sin los cuales quedarían desiertos, y más desiertos aún si el interés no atrajese algunos campesinos del contorno. No vive sino aquella miserable cueva de ladrones.... esperan abrirse paso con los viajeros que..

John, que veía en su interior con buenos ojos la prosperidad de los puseistas, preguntó con estudiada indiferencia:—¿De quiénes quereis hablar, mamá?

—Quiero hablar, respondió, de los desventurados de la escuela de Oxford, que han venido aquí á plantar tienda *de papismo*, como si no la hubiese de antemano en Italia. ¿Has visto esta mañana la iglesia que están construyendo?

—La he visto, pero no me importa. Conocí en Cambridge á muchos de la escuela; no me pareció gente mala, sino buena, honorable....

—Honorables apóstatas, que no tienen siquiera valor para declarar que lo son, dijo con fuerza mistress Needle.—Tú no sabes á qué tiende su secta. Son cien veces más despreciables que los papistas, que á lo menos profesan su religión públicamente, persuadidos y de buena fe: con ellos se puede tratar. Vé á miss Julia, papis-

ta indudablemente hasta la médula de los huesos: es leal, y me avengo con ella como si fuese una hermana: con aquellos no; no me puedo acomodar; no los sufriría en persona, ni en pintura. Son desleales; protestan contra la Iglesia papal, y entre tanto renuevan sus supersticiones; celebran la misa, arrodillanse delante del Pan de la Cena, introducen santos y vírgenes en sus templos, ruegan por los difuntos, vuelven á la confesión: ¿qué les falta para ser papistas, corrompidos papistas? Y con estas abominaciones pretenden seguir siendo anglicanos, los más dignos anglicanos, los reformadores, los justos, los santos de nuestra iglesia; mientras de un modo tan vituperable hacen traición á su fe, disfrutan los beneficios y se comen las entradas. . . . Estimo cien mil veces más un protestante que se pasa á la Iglesia papista, claramente, si su conciencia le impulsa á ello, que un protestante que procura introducir en su Iglesia el papismo á fuerza de hipocresías.—

John dejó caer toda esta granizada de ira religiosa de su buena madre, respondiendo tranquilamente:—No os inquietéis, mamá; nunca he dicho nada en favor de la nueva reforma; mas puedo sostener que conocí en Cambridge profesores adictos á esas nove-

dades, que me parecieron doctos y honrados.

—Haz, dijo la Needle, que no te oiga decir eso, si no quieres envenenar mi espíritu con crueles sospechas.

—No dudeis de mí, respondió John: nada yo haré nunca contra mi conciencia. Nada más dijo mistres Needle. El fin de aquel día y la noche le parecieron eternos: tardábale salir de Génova. No concluía de disponer á sus hijos contra los escándalos de la capilla, execrando la mala fe y la guerra parricida de los puseistas contra la iglesia anglicana. Pasaba en revista todos los nuevos dogmas, y las sacrílegas ceremonias, escarneciendo con ferviente celo sus sagradas vestiduras, sus predicaciones, tendiendo siempre á disfrazar los treinta y nueve artículos, sus esfuerzos para establecer conventos de religiosas protestantes, y sobre todo, su pretensión de oír las confesiones y celebrar la santa Cena con el misal, el *Kiries*, el *Gloria*, la Elevación y las demás prácticas, que reputaba más aborrecibles y mucho más perniciosas que el *papismo* declarado. Entre tales imprecações subió al coche.

Julia no la contradijo. El catolicismo



aparente de los puseistas, si bien útil á muchas almas rectas, que lo trasformaron en escala para subir al verdadero catolicismo del Hombre-Dios, no merecía en su sentir frases de defensa.—En él falta lo mejor, pensaba; no hay sacerdocio, y por consiguiente no hay Eucaristía, y hay por lo tanto idolatría material en la adoración de la Hostia por ellos consagrada. No existe comunión de obediencia con el Jefe de la Iglesia: luego no hay caridad ni espíritu de Jesucristo. . . . Cisma, pues, unido á las herejías que subsisten: ¡pobres puseistas!

## XXIV.

## PRIMERAS AURAS DE FLORENCIA.

Todo se hizo según lo había resuelto mistress Needle; sólo que al llegar á Bolo-  
nia, no tuvo ánimo para meterse en el co-  
razón de los Apeninos, sin hacer una para-  
da. Puso, pues, un parte telegráfico á su  
dependiente, ya llegado á Florencia. Al  
otro día fué á esperarla en la estación de  
Santa María Nueva.—Señora, le dijo él por  
saludo primero; estais alojada en la fonda  
de Nueva York: he tomado quince cuartos  
provistos de lo indispensable para el in-  
vierno.

—¿Buena vista? preguntó la señora.

—Una de las más agradables; pero si